

tado que Belmonte, ya que en el terreno físico los hechos desmienten sus conjeturas de una manera algo ridícula: el cura manchego se asemeja a un gracioso de una comedia de Calderón de la Barca. Belmonte demuestra la convicción en sus ideas y opiniones: está segurísimo de que Nazarín es el patriarca de Armenia, de quien llevan meses hablando los periódicos europeos. Además, su experiencia en el Oriente Medio le permite declarar con toda certeza que el cura es tipo semita. Al confesar sus primeras impresiones, parece hacerse eco de las mismas palabras de Nazarín cuando éste apareció por primera vez en el libro: «Como que en cuanto le vi acercarse a mi casa caí en sospecha. Luego busqué el relato en los periódicos... ¡El mismo, el mismo! ¡Qué honor tan grande para mí!» (1728). Nazarín, por otra parte, está seguro de que Belmonte va a tragárselo vivo: antes de que se efectúe cada movimiento del propietario, el cura se lo anticipa, pero sin éxito: «"Ahora—pensó Nazarín— este buen señor coge la escopeta y me destripa de un culatazo, me da con el cañón en la cabeza y me la parte. ¡Dios sea conmigo!" Pero el señor de Belmonte seguía mirándole, mirándole, sin decir nada» (1722). Nazarín está totalmente confundido y no tiene más remedio que reprender a Belmonte su terquedad o lo que él llama orgullo, soberbia, al no desengañarse el propietario de tal opinión obstinada. La ironía del análisis del cura es demasiado obvia. No importa que sea verdad o no lo que dice Nazarín aquí, él lo cree firmemente, aun después de haberse equivocado en la interpretación de los actos físicos de Belmonte. ¿Cómo puede acertar entonces con esta reseña moral, espiritual? Lo que es más serio, no se aplica a sí mismo la lección. ¿Por qué? Porque su amor propio o confianza en sí mismo es inquebrantable; no es hombre capaz de la introspección moral o de la humildad verdadera, dispuesto a aceptar otras opiniones. Hablando con Belmonte, pone de manifiesto la base equivocada de su actitud evangelista: después de haberse corregido al principio («Esta es mi doctrina... No, digo mal, es mi interpretación particular de la doctrina eterna») dice más adelante: «Tal pienso, y si esto le parece disparatado a persona de tantas luces, yo sigo en mis trece, en mi error, si lo es; en mi verdad, si, como creo, la llevo en mi mente y en mi conciencia la luz de Dios» (1726-1727). Ante todo, su visión, su doctrina; las demás no cuentan para nada por muy verdaderas que sean. Este pecado es menos perdonable en Nazarín que en el narrador, quien no tenía tal perspectiva privilegiada de la moralidad. Su visión se limitaba a lo concretamente físico.

Pero ni siquiera Nazarín se aprovecha de la oportunidad de moderar su visión deformadora; sigue adelante por el mismo camino

trillado, haciéndolo cada vez más confuso la gente rara con que se encuentra, con sus acciones y opiniones tan distintas. Desde aquí hasta el final Nazarín sigue en sus trece, sin preocuparse por los demás: él tiene razón según su conciencia y eso basta, como se lo dice muy claramente al alcalde al final de la cuarta parte. De modo que hay cierto cansancio de parte de Nazarín en esta tercera entrevista: casi está harto de la oposición de sus prójimos; pero contento de su propia verdad. No quiere reformarse. El grado de confusión al que conduce tal actitud obstinada se revela al final de la novela, en la quinta parte, cuando Nazarín sufre el delirio febril en la cárcel de Móstoles (1765-1767). Es un vaivén constante entre la duda y la certidumbre, en el que Nazarín se esfuerza por seguir comprendiendo los sucesos físicos. Es un hombre que no es derrotado por la realidad compleja: si hay un obstáculo desconcertante, lo obvia buceando en la afirmación opuesta. Nazarín tanto quiere asegurarse de su visión que no le satisface el término medio. Este delirio febril le empuja constantemente de la aseveración a la duda, que así se invalidan mutuamente. ¿Cómo podemos creerle cuando es capaz de tanta contradicción de un momento a otro? «Pero si de todo tenía duda el jefe de los *nazaristas*, no la tuvo, no podía tenerla de esta resolución suya, claramente expresada» (1765). Son palabras del narrador, pero reflejan los pensamientos de Nazarín durante el desvarío. En efecto, estas escenas finales, para mí, resumen toda la trayectoria de la narrativa poniendo de relieve esta actitud falsa y equivocada que tiene Nazarín. Galdós refuerza esta impresión de una manera muy artística: en la visión delirante de Nazarín, *Andara* se lo representa como una amazona, con lo cual inmediatamente nos acordamos del mismo principio de la novela cuando el narrador se había encaminado a la calle de las Amazonas. La implicación de tal recuerdo es que nada ha cambiado durante la novela: que las personas, sobre todo el protagonista principal, no han limitado sus declaraciones categóricas a medida que la realidad les iba ofreciendo puntos de vista diferentes, experiencias que no correspondían a la opinión previa que se habían formado. El último toque de pincel que Galdós da a su cuadro es la proclamación de *Andara* a la gente que ha derrotado en la batalla imaginaria: «Seréis deshechos y aniquilados si en mi señor no reconocéis el santo, la única vía, la única verdad, la única vida» (1767), lo que resulta absurdo porque Nazarín y sus teorías, sus apreciaciones de la vida real, se han probado defectuosas a través del libro. La realidad de la vida es mucho más complicada y casi indescifrable, no sólo en su apreciación inmediata, física, sino también en sus posibilidades de cambio para ajustarse a los ideales